



## ¡Qué bien se viviría en los pueblos!

Por L. VEGA

Los pueblos de España están cambiando. Hace pocos días, un compañero de la infancia, que vive en uno de ellos, me enseñaba con satisfacción sus rosales. Delante de su casa nueva, construida de ladrillo hueco, que no de adobe, al borde de la carretera, tiene una terracita. En esta terraza ha plantado rosales. La primavera pasada los rosales florecieron que era una bendición. Se estaba bien en la terracita por las tardes, recostado en una hamaca rústica: una hamaca de lona y cuatro palos, no de red, como obligaría el diccionario.

Mi amigo y compañero de las primeras letras, de los primeros novillos y de las primeras peleas, no es rico. No, mi amigo no goza de demasiados bienes de fortuna. Pero tiene buen

humor, gusto por las cosas bellas y sabe sacar algún partido de todo. Ha salido del pueblo, ha visto otros lugares y procura compartir con los demás la satisfacción que le producen las comodidades humildes que le rodean. Ayuda a todos, no discute violentamente con nadie y arregla muchos embrollos.

La casa la edificó a trancas y barrancas; seis años le duró la obra de albañilería, y otros tres, el acondicionarla por dentro. Trabajaba a ratos perdidos, ayudaba al albañil y ya ha pagado todo. Los rosales no le costaron nada. Plantó zarzas silvestre y la maestra le trajo los injertos cuando volvió de unas vacaciones. Se hizo él mismo un par de hamacas sacando la idea de las que tenía el jefe en la estación.



Se está bien por las tardes en la terraza, mientras el sol baja y las sombras violetas se alargan.

—Adiós, Miguel—le dice un viejo que vuelve al pueblo con la azada al hombro.

—Vaya usted con Dios, Román—contesta.

Las tres ventanas tienen visillos. Los visillos, recogidos en las jambas, se ve que están hechos de pedazos multicolores. Nunca está lejos un botijo limpiísimo, y si apetece, saca la bota de un tinto muy sabroso. Tampoco falta, el día de amasadura, el cacho de torta de chicharrones, con poca azúcar, y puede que manzanas o tomates.

Se está bien en la terraza con rosales de mi amigo. Se está bien sin hacer nada, al tiempo que se apaga el jolgorio de los pájaros y el silencio se esponja sobre los campos.

—¿Te acuerdas el día que nos persiguió «el Manco»?

—¿Te acuerdas el día que le quitamos las patacas al «Pajarito»?

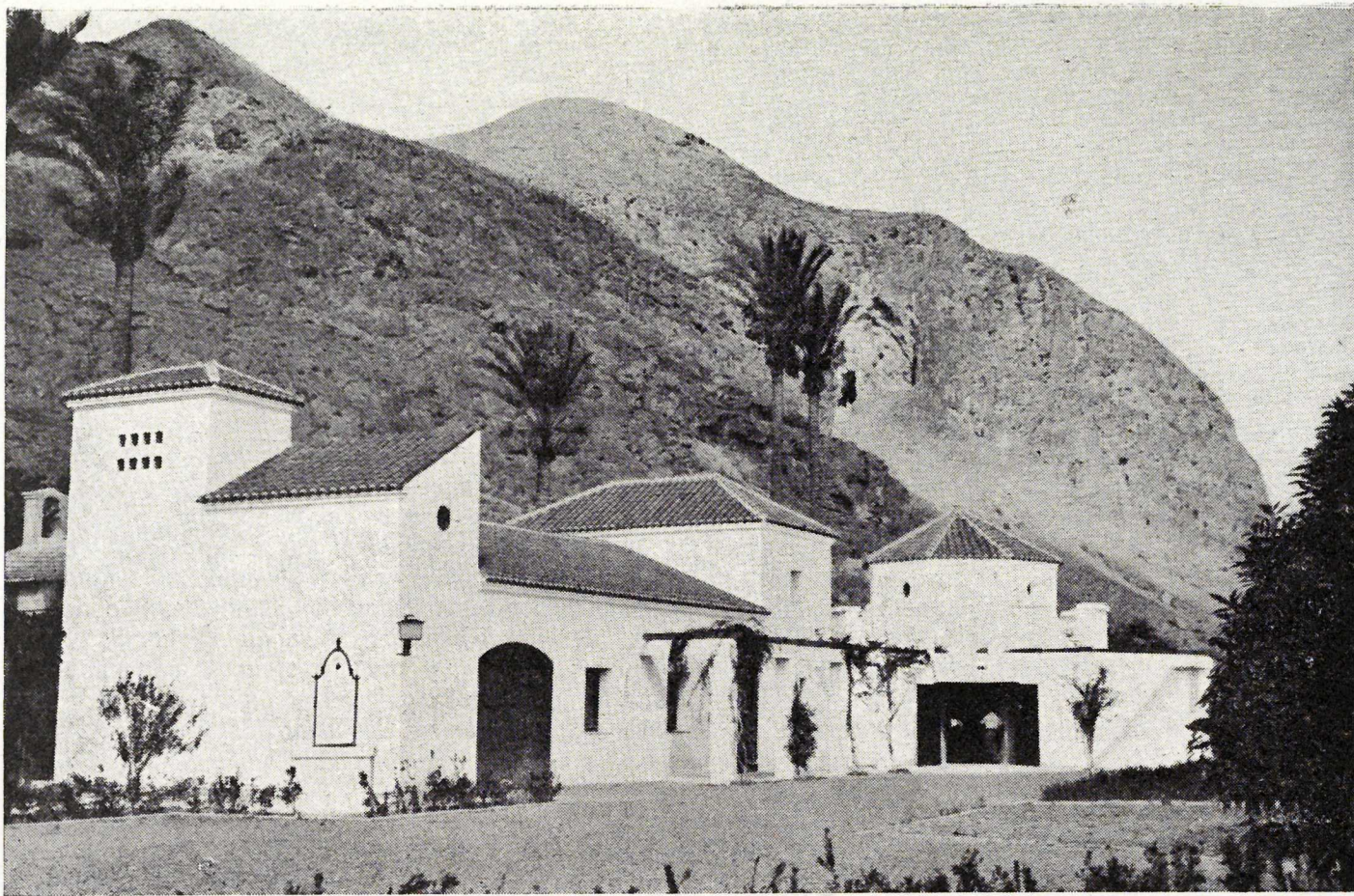
—¿Te acuerdas el día que rompimos las tres bombillas del camino de la estación?

Yo me voy acordando de éstas y de otras atrocidades. Entonces no se consideraba propio de hombres el ocuparse de rosales, ni mucho menos sentarse en hamacas, ni dejar que las mujeres perdieran el tiempo haciendo visillos. En los pueblos había barro y polvo abundante, moscas y malos olores.

Pero me acuerdo, también, de que el trato de la gente era más cordial; de que la sonrisa aún brillaba en las caras arrugadas por la intemperie, que luego no sabemos la retama amarga que mordieron. Que por Navidad, y por San Juan, y por San Roque, había aguinaldos, y hogueras, y roscos benditos. Me acuerdo de que los mozos tiraban la barra, y las mozas hilaban, y unos y otras sabían cantar y bailar o tocar la guitarra o tañer la bandurria; me acuerdo de las rondas y del baile suelto en la plaza.







Ahora está el salón y la gente no sabe más que alborotar. El que más y el que menos piensa en comprarse una moto, aunque el otro día—ya van dos este año—se mató el yerno del cartero, que bajaba a toda mecha por la cuesta del Valpocho, cuando volvía de pescar cangrejos.

Está llegando la limpieza, el agua y el D. D. T. a los pueblos; se respetan las rosas y las bombillas; se abren salones y cines, y petan, tabletean y retumban las motos. Alegrémonos de que los adelantos materiales vayan llegando a los pueblos; nuestra misión es me-

jorar las condiciones de vida del labrador. Pero el revivir con nuevo estilo las costumbres viejas, los bailes sueltos, las rondas y las hogueras; el intentar que el pelantrín desarrugue el ceño dándole el bienestar que se merece, esa es también nuestra tarea.

Qué bien se viviría en los pueblos sin barro y sin moscas, con pequeñas comodidades y apaciguamiento espiritual. He ahí un programa y una misión; una noble y elevada tarea.

*(Fotos del archivo del I. N. C.)*

